

de un gas, que subiendo, le molestaba la mano hasta el punto de quererla retirar. Creyóse ser indicio del favor otorgado; porque en aquel instante se halló la enferma impelida de una fuerza interior á arrodillarse: lo que, previo el permiso del confesor, hizo al momento con facilidad, acabando de rodillas la oracion comenzada.

Preguntóla sucesivamente tres veces y á cortos intervalos el P. Forn si sentía dolor en la rodilla. Respondió la primera vez que un poco, la segunda menos, la tercera nada; antes bien le parecía sentir algo en la rodilla sana, efecto sin duda de la prolongada inaccion. Fue, pues, á juicio de los mismos médicos, hecho prodigioso; puesto que sobre constar por experiencia que la rodilla derecha de la religiosa no se doblaba, era naturalmente imposible que se verificase, atendida la anquilosis declarada.

Desde aquel instante anduvo sin dificultad, se arrodillaba, se paseaba, y todo lo hacía con ligereza y no menor pasmo de las buenas religiosas, que atónitas la miraban, casi sin atreverse á creer lo que veían; por la noche se libró del fontículo, sin que apareciese hinchazon alguna, pues había desaparecido por completo, quedando solo las cicatrices: y aun obtuvo en el discurso de la novena, que estas perdiesen la deformidad con que suelen quedar.

Á la mañana siguiente volvió desde la hora de levantarse á seguir en todo á la comunidad: y cuando más tarde llamaba á la puerta el médico, ignorante de lo ocurrido, ella misma salió á abrirle la puerta, como en tono de chanza se lo había prometido en otra ocasion; con lo que bien se deja entender cuán atónito quedaría. Desde entonces Sor Mariana Montal siguió el orden de la comunidad, desempeñando la escuela, que tiene á su cargo, con perfecta salud.

De fuera de Barcelona podemos referir lo ocurrido en Canet de Mar, diócesis de Gerona. Doña N. Costas llevaba ya 23 años de padecimientos de estómago con náuseas y vómitos frecuentes y agudos dolores en todo el cuerpo, que llegaron á tenerla postrada en la cama y próxima á la muerte. En este estado llegó

una hija suya, residente en Barcelona, para consolarla: lo que en efecto hizo, ofreciéndole una estampa del P. Pignatelli; pero la enferma desesperanzada de alcanzar alivio, la rehusó, al principio con ademanes y palabras algun tanto ásperas: á poco sintióse correr por el cuerpo un sudor frío; y reflexionando sobre lo hecho, dolíase muy de corazon de su incredulidad.

Pidió la estampa, y encomendándose con gran fervor al Siervo de Dios, estrechóla al pecho, y en esta actitud se durmió: este sueño, como no acostumbrado y sobremanera plácido, hizo temer no hubiese muerto; hasta que despertando por sí misma á la mañana siguiente, se halló del todo sana: vistióse, tomó alimento, pudiéndose ya mover sin sentir dolor alguno: pocos días después se trasladó á Barcelona con su hija al único objeto de referir el suceso portentoso, con que Dios acababa de glorificar en su persona al Venerable Padre.

Y refirió al mismo tiempo, que divulgado este prodigio por la poblacion, el Alcalde, aunque en un principio incrédulo, acababa de pedirle con instancias una estampa del Venerable Siervo de Dios, para alcanzar por su valimiento la salud de una hija suya enferma de tisis, y en efecto había experimentado la proteccion del Venerable Padre.

Pondré fin á esta relacion de los prodigios obrados en España, con una gracia obtenida por un jóven religioso de las Escuelas Pías, de la que fue testigo mi hermano, el R. P. Juan Glicerio, quien á peticion mía me la puso por escrito, para que con sus mismas palabras la hiciese yo pública en esta historia. Dice así: «Barcelona, 31 de Marzo de 1891. — Mi muy querido hermano: tengo el gusto de enviarte la breve relacion que me pides, de la curacion obtenida por la intercesion del V. P. Pignatelli, S. J., la que tuve el consuelo de presenciar.»

«En el año de 1865, en nuestro colegio de Moyá, (hoy casa de noviciado de la provincia de Cataluña, ántes de estudios,) ocurrió con uno de mis compañeros de estudio, llamado José de Calasanz Anglada, que hoy se encuentra de Superior de nuestra casa de Morella, el hecho que voy á referirte.»

«Acometido dicho jóven de un catarro vesical, que de día en día se le agravaba, empezó á expeler una especie de lodo, que pronto se convirtió en arenillas, y luégo en cálculos, que fueron aumentando hasta llegar al tamaño de un guisante, y aun de un piñon con su cáscara. La expulsion de dichos cálculos le era sumamente dificultosa, y le ocasionaba agudísimos dolores, que solo se le mitigaban permaneciendo en un baño de agua caliente. Había llegado á tal estado de gravedad, que ya no le era posible andar sino apoyado en dos palos, que le servían de muletas. Agotáronse todos los recursos que en semejantes casos aconseja la medicina; pero sin resultado.»

«Aconteció en aquellos días, que el R. P. Ramon Busquet, Superior de aquel colegio, tuvo noticia de una repentina curacion, que por la intercesion del V. P. Pignatelli, se había obrado en el convento de religiosas de los Ángeles de Barcelona. En vista de esto procuró dicho Padre excitar en el corazon del doliente la confianza en la proteccion del Venerable Padre. Obtuvo de las mencionadas religiosas nueve tiritas de papel, cada una de las cuales tenía escrita una breve súplica al Venerable Padre. Lleno de fe el enfermo, da principio á una novena, que consistía en el rezo de algunas oraciones, y, segun la indicacion de las religiosas, en quemar cada día una de las tiritas, cuya ceniza tomaba desleída en agua.»

«Como á la mitad de la novena empieza á arrojar gran cantidad de arenilla con algunos cálculos, y desde aquel momento queda completamente libre de tan dolorosa dolencia; suelta los palos en que se apoyaba, y se presenta bueno y sano al aposento del Padre Rector.»

«No es posible describir la sorpresa que causó al Padre Rector y á todos los religiosos un hecho tan inesperado, al cual espontáneamente calificamos de milagroso; pero nuestro Lector, R. P. José Recasens, sujeto respetabilísimo entre nosotros por sus raras virtudes, exclamó: «No podemos llamarlo milagro, porque no lo ha aprobado la Iglesia; pero si podemos asegurar que es un notable prodigio.»

«Todos inmediatamente dimos gracias al Señor, porque por mediacion de su siervo, el Venerable Padre, nos había concedido tan singular beneficio.»

«En los 27 años que se han pasado, no ha sentido, como confiesa el P. Calasanz, la menor reminiscencia de aquella terrible enfermedad. — Tu hermano y S. S. — GLICERIO NONELL, Escolapio.»

Hallándose casualmente en Barcelona el interesado, cuando esto se escribía, no dudó en dar fe de lo referido con el siguiente testimonio: «Siendo exacta la relacion que precede, no tengo reparo en firmarla en Barcelona, 1.º de Abril de 1891. — JOSÉ CALASANZ ANGLADA, de los Dolores, S. P.»

No pondremos fin á esta historia sin referir aquí algunos prodigios recientemente obrados por intercesion del V. P. Pignatelli en el pueblo de Colorno, antiguo teatro del apostólico celo del Padre. Hánoslos comunicado el Sr. Cura Párroco del mismo lugar, D. Héctor Savazzini, en carta de nueve de Enero de 1892.

«Ana Donati, maestra elemental en este pueblo, padeció en 1887 una enfermedad tan grave, que todos creían no escaparía de la muerte: no podía tomar alimento alguno, y las fuerzas se le debilitaban sensiblemente cada día. Llegó el otoño, y sintióse con algun alivio: y aunque vigorizada más por la fuerza de su espíritu, que por las del cuerpo, pues este continuaba en su debilidad, probó en Noviembre á hacer otra vez su clase; y bien pronto se agravó como ántes su enfermedad.»

«Entonces se resolvió á hacer una novena al V. P. José Pignatelli, del cual tuvo consigo una estampa y una reliquia: prometió comulgar algunas veces en honor del Venerable, y además enviar una relacion de la gracia obtenida, si alcanzaba fuerzas para desempeñar su clase hasta los exámenes de fin de curso. Al momento empezó á sentirse mejor, con maravilla de todos terminó sana y robusta el curso, y hasta el día de hoy continúa en su penoso oficio.»

«Julia Monteverdi, en Bertoni Celeste, hacía un año que pa-

decía tan recios dolores de cabeza, que no podía descansar de día ni de noche. Probó todos los remedios; y todo en vano. Por consejo mío empezó por Marzo de 1888 una novena al Venerable P. Pignatelli, teniendo una reliquia de él debajo de la almohada; y después de un mes, poco más ó menos, se vio libre de su mal.»

«Luisa Delfrate, de edad de treinta años, doncella de rara piedad, casi consumida por una lenta y grave dolencia, aguardaba con serenidad la muerte, recibidos ya los Santos Sacramentos, alegre por dejar este mundo y unirse con Dios. Yendo yo á visitarla, le llevé la reliquia del V. P. Pignatelli, y la exhorté á que le hiciese una novena; y bien penetrado de su vivísima fe y de la tranquilidad con que moría, le dije: «Si el P. Pignatelli quiere hacer milagros, este es el momento oportuno.»

«Apenas hubo la enferma tomado la reliquia, comenzó á retener el alimento, cosa que desde algunos días le era imposible. Á los dos ó tres días empeoró; y en pocas horas quedó tan cansada, y se puso de tal suerte cadavérico su semblante, que todos creímos que moriría aquella noche. Conservaba no obstante la reliquia sobre la cama; empezó á mejorar, restablecióse á los pocos días; y el 23 de Setiembre de 1888 fue á la iglesia parroquial á dar gracias á Dios y al P. Pignatelli por la vida y la salud que le habían vuelto.»

«En Julio de 1889 Clementina Bertuzzi estaba con gravísimos dolores de parto; como los médicos temiesen por su vida, pidió ella la reliquia del V. P. Pignatelli, comenzó la novena, y bien pronto se vio libre del peligro, y gozosa con un parto feliz.»

«N. N., natural de Colorno, tenía graves disgustos de familia, de la cual había desaparecido la paz, ni sabía cómo disipar las cavilaciones que le causaban. Pidió la reliquia del Venerable Padre, la colgó en su aposento, y delante de ella hizo fervorosa oración. Á los pocos días había recobrado la paz aquella familia, obrando el Venerable Padre otra vez un prodigio de aquellos que en tanto número había obrado en Colorno, cuando

con solo asomarse á las puertas de las casas en que se carecía de paz, él se la restituía.»

Con una Hermana de la Caridad, residente en el manicomio de Colorno, obró el Venerable Padre un milagro, que ella misma refiere al mencionado señor Cura Párroco, por estas palabras: «Muy Reverendo señor Preboste. = Aunque por mi incapacidad me siento turbada al tener que escribirle lo que V. me pide; lo haré, sin embargo, y con mucho gusto, en reconocimiento de su solícita caridad en haberme traído la reliquia del P. Pignatelli cuando caí enferma.»

«El día 29 de Setiembre de 1889 había yo trabajado todo el día sin sentir novedad alguna: por la noche me sobrevinieron abundantes vómitos de sangre, y me sentí muy mal: cesaron estos; y por doce días continuos tuve una fiebrequita tal, que no podía tomar sino poquísimos alimentos: renováronseme los vómitos: luégo me hallé exhausta de fuerzas; y conocí que me moría. El médico efectivamente dijo que estaba yo al fin de mi vida: yo me resignaba á mi suerte, y no tenía ninguna esperanza de curarme.»

«Vino V. á verme; trájome la reliquia y la estampa del Padre Pignatelli, y me dijo que me uniese á mis hermanas, que daban principio á una novena por mi salud. Tambien V. rogó, y sus oraciones son las que dieron valor á las nuestras. Al empezar la novena, dije al P. Pignatelli: «Si me obtenéis esta gracia de curar, os ruego me alcancéis ántes la de ser más fervorosa; porque la experiencia que de mí misma tengo, me hace temer que si recobro la salud, volveré á ser tibia como ántes. He hecho los ejercicios hace dos meses: hice cuanto pude para hacerlos bien: más quiero morir, que volver á mi primera tibieza en el divino servicio. Si me obtenéis la salud, os suplico que primero me obtengáis una firme voluntad de perseverar en el bien.» Terminada esta súplica, me resigné en la voluntad de Dios.»

«Diose principio á la novena, y yo comencé á sentirme más aliviada, y de día en día me fui sintiendo mejor. El 5 de No-

viembre salí para la enfermería de Turin: estaba ya levantada casi todo el día. En estos dos años he gozado también de una regular salud.»

«En cuanto al espíritu me hallo muy contenta. Siempre que conozco que me entibio, me acuerdo del Venerable Padre, le invoco con gran confianza, y al instante siento su protección. Me encomiendo á él todos los días por la mañana y por la noche: desde que tuve la dicha de conocerle, siempre me he encomendado á su protección; y no dudo que si en estos dos años he perseverado en la voluntad de obrar bien y resistido á mis malas inclinaciones, ha sido por gracia de la protección de este Santo, á quien de continuo me encomiendo.»

«En reconocimiento por habérmelo hecho conocer, todos los días le ruego por V., señor Cura, y por toda su familia.»

«Dígole además, que tengo tanta confianza en este Santo, que muchas veces le envió al Señor y á la Virgen, á una parte y á otra del Paraíso, á cumplir encargos que le doy. Me temo no me diga: «¿Soy por ventura tu criado?»

«Termino esta carta, ya demasiado larga, rogándole se acuerde de mí. Y encomendándome en sus fervorosas oraciones, le suplico dé V. por mí gracias á Dios y al V. P. Pignatelli.»

«Tengo el honor de ser de V., muy Rev. Sr. Cura, = Humildísima Sierva = MARGARITA CERCHIO, (de 34 años) = Hija de la Caridad.»

APÉNDICE AL LIBRO SEXTO

I

ELOGIO DEL V. P. JOSÉ PIGNATELLI¹

JOSEPHUS PIGNATELLI
 EX COMITIBUS DE FUENTES CÆSARAUGUSTÆ IN HISPANIA
 NATUS
 SOCIETATIS JESU QUATUOR VOTORUM PROFESSUS
 ET REDIVIVÆ SOCIET. PRIMUS NEAPOLI PROVINCIALIS
 VIR
 NOBILITATIS GENERE, INGENIO, DOCTRINA
 CLARUS,
 ET PRÆCLARIS PRUDENTIÆ, ET CONSILII DONIS
 A DEO INSIGNITUS.
 EXIMIUS RELIGIOSARUM VIRTUTUM
 CULTOR
 ABSTINENTIÆ, SUI ABNEGATIONIS, PÆNITENTIÆ,
 HONORUM HUMANARUMQ: RERUM CONTEMPTUS,
 INVICTÆ IN ADVERSIS ANIMI FORTITUDINIS,
 ADMIRABILIS IN TOLERANDIS INFIRMITATUM DOLORIBUS
 PATIENTIÆ.
 PROMPTÆ AD MAIORUM NUTUM
 OBEDIENTIÆ.
 FIDE FIRMUS, SPE CERTUS, SINGULARI IN PROVID^A DIV^A CONFIDENTIA
 SUPRA MODUM PLENUS,
 STUDIO ORATIONIS ET INTIME CUM DEO CONIUNCTIONIS

¹ De la copia remitida de Roma á raíz de la muerte del Venerable á su sobrina la duquesa de Villahermosa, en cuyo archivo se conserva.